

No. 51

Alebrije



*Los sueños de la
razón producen
(monstruos) Goya*

Arte - Cultura - Literatura - Historia - Sociedad



VÍCTOR JUÁREZ : SOPLANDO MI DESTINO - ÓLEO SOBRE TELA

**NUESTRA SOLIDARIDAD CON
LOS COMPAÑEROS DE R.I.T.A**

suplementoalebrije.blogspot.com

COLABORAN: ISIS SAMANIEGO, ULISES SÁNCHEZ, ESMERALDA TOBÓN,
ABIGAIL RODRÍGUEZ, VÍCTOR JUÁREZ, SANTOS CUATECOTZIN Y CARLOS LANDINI

Alebrije



*"Los sueños de la
razón producen
monstruos" Goya*

Periódico Cómo? • Director Editorial: José Luis Benítez A.

Alebrije • Director: Gerardo Pérez Muñoz

A.M. (TESTIGO OCULTO DE LOS HECHOS)

ABIGAIL RODRÍGUEZ
CONTRERAS

Hace casi seis años yo estaba en una mesa rectangular, temblando de miedo. A mi lado estaba Alejandro Meneses tomándose una cerveza que seguro, no era la primera. Miraba directo a una ventana que daba, y sigue dando a la cinco oriente. Junto de mí estaban dos chicos que no reconocí; porque seguro, muy pocos ese momento los reconocerían. Eran Judith Castañeda y Alejandro Badillo, dos de los cuentistas más sobresalientes en Puebla, como ahora todos sabemos.

Yo tenía catorce años entonces y desde los trece comencé a ir a algunos talleres en Casa del Escritor y Casa de Cultura. Incluso en los talleres de jóvenes me veían mal porque era demasiado pequeña. "¿Cuántos años dices que tienes?" Era la primera pregunta que me hacían, mientras los demás, a sus dieciocho y veinte años hablaban de sus libros favoritos, que por cierto, yo también había leído, pero como yo sólo tenía trece años, pensaban no tenían nada que hablar conmigo. Entonces prefería callarme y ver como todos hablaban del examen a la universidad y las carreras a las que ingresarían, o en las que ya estaban, invariablemente eran: letras o filosofía.

Yo iba en primero de secundaria, mis amigas hablaban de grupos pop que a mí no me gustaban, y aún así éramos amigas. Fui siempre rara y no hablaba mucho de mis cosas. Pero parecía que en esto de literatura yo iba a seguir callándome la boca.

Conocí la dinámica de los talleres. A tu texto le sacas el número de copias correspondientes a los participantes en el taller y todos se quedan callados esperando tímidamente a que el tallerista, dé su última palabra. Invariablemente la opinión será alentadora y en el mejor de los casos, te corregirá algunas comas, acentos y dé alguna opinión sobre tu texto, no más.

Mi primer día llevé un cuento, pero no lo saqué porque era muy tímida. La primera semana todo fueron alabanzas, después se fue poniendo más crítico; entonces saqué mi texto. Casi todas las opiniones fueron "Escribes muy bien para tener la edad que tienes" y a mí me calaba que todo fueran buenas opiniones, sólo por tener la edad que tenía, o eso creí.

Al último taller que fui, fue al de Alejandro Meneses, si eso se puede considerar ir a un taller. La verdad es que ir con él era uno de mis sueños que hoy revelo. A los trece y después de puras buenas opiniones en los cursos de iniciación a la narrativa, me sentí muy lista para tomar el taller de cuento, ahora sí, con Meneses.

Entonces, quien controlaba la lista de los talleres, me dijo: "No, tú eres demasiado pequeña como para ir a su taller... ¿Cuántos años dices que tienes?...No, definitivamente no, él sólo da clases a adultos, no te va a recibir; ¿por qué mejor no te inscribes a iniciación a la narrativa de nuevo?, ahí van los chicos, ahí estás bien". Yo ya había tomado ese taller, pero como ahora lo daría otra tallerista, lo tomé resignada. Me entristecí en ese momento, pensé que Alejandro Meneses era un hombre muy estricto, que no tenía nada que platicar con los jóvenes, mucho menos con los demasiado jóvenes, jaja.

Me invitaron después a un taller con Mempo Giardinelli donde leí a otros chicos que habían charlado o tomado, seguramente, taller con Meneses: Yussel Dardón, Miguel Ángel Andrade y Gabriela Puente, entre otros. De nuevo era la más pequeña, el bicho raro entre los bichos raros y ahí una periodista se acercó a preguntarme qué hacía yo ahí, que a mi edad ella jugaba con Barbies. Pero al final las críticas fueron: "escribes muy bien, Abigail, escribes muy bien para tener la edad que tienes."

Yo no sabía por qué, en Casa del Escritor estaban dejando de dar clases los escritores principales y comenzaban a dar clases sus alumnos. Todo mundo comentaba eso, que era muy raro, que todo estaba en declive, que bla bla bla. A mí me interesaba escribir. Luego me enteré que todos los que se fueron comenzaron a dar clases en PlantAlta, un sitio frente a la catedral de Puebla donde Meneses, Meyer y Pimentel continuaban sus talleres respectivos.

Gabriela Puente me abrió la puerta, muy amable como siempre. Yo todavía iba acompañada de mi mamá a todos lados. Recuerdo que ese día, sólo iba a preguntar a qué hora era el taller de cuento y cuánto costaba. Gabriela, echándose los bucles rubios para atrás me dijo: es ahorita, pásale me tomó por la espalda y me llevó a la mesa rectangular. Yo no llevaba ni pluma, no llevaba nada.

"Alejandro, ésta es Abigail, quiere entrar a tu taller". Meneses me dijo: Hola, siéntate acá, ¡álate ese banco, ¿traes pluma? ¿traes papel? Le dije con toda la pena del mundo, al gran escritor que sólo hablaba con adultos: No, no traigo nada. Entonces me dijo "ah bueno, ten" y sacó una pluma y un papel de no sé dónde y me lo dio. "Bueno, acá leemos los textos y los opinamos, si tienes alguna opinión opinas porque ya eres parte del taller".

Se leyeron dos cuentos, recientemente encontré las copias, uno, es de Alejandro Badillo. Yo hice un montón de greclas alrededor del texto, estaba muy emocionada y nerviosa, muy feliz, estaba en el taller que quería, con el escritor de los cuentos que me habían gustado tanto, con el tallerista más sincero, según me habían dicho algunos que habían tomado clase con él.



Alejandro Meneses no era un ogro, no era un escritor trepado en un pedestal de oro. Criticó los textos sin tocar la ortografía, la puntuación y todas cosas que resultan del todo irrelevantes. Criticó la historia, los personajes, la congruencia. Luego se puso a hablar de chismes culturales y a burlarse de todo mundo, mientras se tomaba su media y fumaba mirando a la ventana que daba a la cinco. Terminó el taller y todos se despidieron. Él me dijo "¿Te gustó el taller? Bienvenida, Abigail, nos vemos en una semana".

Preparé mi cuento y unos días después me enteré de la terrible noticia, Alejandro Meneses había muerto. Me puse muy triste, no podía creer que hubiera muerto, no podía creer que un escritor tan bueno fuese tan sencillo. Hacía una semana me había recibido en su taller y hasta me había dado una hoja con una pluma sin preguntarme la edad, solamente mi nombre. Dejé de ir a talleres, pero seguí escribiendo.

A los dieciocho entré a Creación Literaria a la SOGEM, donde todos me preguntaron mi edad, fue lo mismo de siempre: "qué bien escribes para tener la edad que tienes". Tomé clases con otros grandes, entre ellos Beatriz Meyer, su clase era tan sincera que muchos la siguen tachando de "bruja", me recordó a Meneses de inmediato, ese tipo de sinceridad en un tallerista se ve muy poco.

Ahora sé que la edad no importa en la literatura, sino las ideas. Yo sé que Alejandro Meneses lo sabía, por eso no me preguntó mi edad; porque sé que lo más importante para él, era la escritura, las ganas que uno tenía de escribir y escribir y escribir y crear mundos e historias.

También sé que a diferencia de lo que me dijo el coordinador en Casa del Escritor hace años, Alejandro Meneses hablaba con los jóvenes, los guiaba, los publicaba por primera vez en Catedral y por eso, hoy esos jóvenes siguen recordándolo. Y lo mejor de todo, es que ahora escuchan a las nuevas generaciones.

El legado que ha dejado Meneses trasciende a su narrativa, y trasciende porque tuvo el poder de crear un espacio de diálogo entre los jóvenes. Él formó una escuela, cosa que en la literatura, desgraciadamente, se ve muy poco.

• CONSEJO EDITORIAL •

Gregorio Cervantes, Joel Merino,
Miguel Ángel Andrade, Araceli Toledo,
Karen R. Kauffman, Judith Castañeda y Gina Lizeth

• DISEÑO EDITORIAL •

Martha García





SANTOS CUATECOTZIN

ISIS SAMANIEGO

ELOINA

A Carlos Mosivais

In memoriam

Como los fantasmas llegas, perturbada, proterva; en tus ojos puedo saber lo que has hecho; ¿Cuántos? Podría preguntar. Me quedo callado y te acaricio, acaricio esa piel tuya tan tersa, lisa, como tu comportamiento; tus muslos elásticos me inquietan, te froto contra mí, tu lengua es una delicia en mi cuello, en mis mejillas, en mis dedos. Todas mis armas sucumben cuando muerdes mi oreja; la excitación pervierte mis reclamos. Introduzco mi mano en tu entrepierna, ahí el ambiente es cálido, recorro tu vientre en siete segundos, te toco las tetas con la punta de mis dedos, se erectan, que tibieza la suya; como relámpago te agazapas y muerdes mis dedos con una fuerza que lastima, jadeo de dolor, el placer puede más y tus dientes van cediendo. Para después lamer la yema de estos, atrevidos sobre tus montecillos tersos.

Un temblor ataca mis piernas, se erizan los vellos de mis brazos al volver a acariciar tu espalda que se arquea como las bóvedas perfectas que cargan el peso de tanto pecado en las iglesias.

Una y otra vez recorro tu espalda. Sé que para ti es placentero: llegar a casa y saber que a pesar de tus faltas a mi hombría, de tus desvaríos, de tu ausencia por varias noches con todo y sus fríos días, te espero y te esperé con la sonrisa nerviosa, con los ojos sorprendidos por tu visita; busco dentro de mi vocabulario, frases suaves para que nuevamente me permitas tocarte.

Eloina, eloina, qué haré para detenerte; no puedes irte y dejarme así como así, sumido en la tristeza, sonámbulo sin sueños, desconsolado como un niño, permitiendo que llegues revolcada, con golpes en el cuerpo, arañazos en la cara, olores putrefactos de coitos olvidados en tu vagina.

Asombroso conducto que acumula líquidos como un depósito de quejas. ¿Cuántos? Me hago esa pregunta cada que aparece a mi puerta...

Esos ojos tuyos, allanan los montes de mi soberbia, llamas verdes que alumbran las sombras que dejas en tu nombre; tu cuerpo rezuma los olores de esos machos que invadieron tu lánguido cuerpo, no quiero imaginar cómo fue, no podría, sé que dejarías de ser mía por ese subterfugio tan tonto de sentirme tu dueño.

Te acepto de nuevo en casa. Te abro las puertas, las ventanas, la gaveta repleta de libros que es mi corazón; todo en esta habitación es tuyo, las plantas con sus jardines, la cama con edredón, los sillones, la mesa con sus cuatro sillas y el mantel de flores rojas de la cocina.

Los pájaros se pasean en el patio, desvergonzados; saben que no estas, gozan y extrañan tus juegos.

Linda niña; quién sino tú, heredera de mis posesiones más sagradas, dueña de mi casa, deja recorrerte de cabo a rabo, sentir la frescura de tu pequeña nariz, los ronquidos de tu dócil voz, duerme, duérmeme en mi regazo; arrullemos esta vida que acortas cuando pasan las noches sin luna y el infierno, hace trizas esta certidumbre mía; al escuchar sobre las calles las trapisondas que armas con tus amores salvajes y sin sentido.

Nuevamente vienes a mí. Caminas lenta, con soltura, movimientos dulces acompañan tu cadera, bailas en derredor mío, restriegas tus encantos, me ves con la atrición en los ojos; sabes que no pronunciaré palabras que te lastimen, que alteren este romance.

Es primavera, el calor arrecia con los días, el bochorno de las noches será lo que te aleja de mi cama. Estos meses son los más inseguros del año; en verano tampoco me salvo de perderte.

Pero hoy disfrutaré de ti, de la noche estrellada, el Cefeo y la Osa mayor están resplandecientes. El austro corre destapando más constelaciones, como quien abre el telón de un teatro y ve los aplausos caer.

Mis manos son arañas que rozan tu frente de un lado a otro, hasta tener el occipucio entre mis dedos. Ahí tus ojos se cierran, gozas mis caricias, tus muslos se estiran, jadeas y me arañas, tus uñas se clavan en mis piernas. Primero me lastimas después tu pasión se mitiga conforme mis halagos siguen instándote al descanso, susurro tu nombre sin quitar mis manos de tu frágil cuerpo y así, poco a poco, vuelves a ser mía.

Una de estas noches, vas a morir... Eloina

Esas correrías tuyas me dan miedo, mira que andar en medio de esa gavilla de machos arrabaleros, aun no entiendo por qué teniendo amor y comida, no te quedas en casa. Mis manos no se cansarían de tocarte, te prepararía la cama, te bañaría con agua tibia como te gusta;... Sí, sé que lo he hecho pocas veces, pero eso se debe a tu rebeldía y tengo que darme mañas para pescarte.

Hace tiempo cuando murió mi pareja, empezaste a aparecer en mi puerta, sutil como un susurro me embarcaste en los mares inestables de la superstición. Creí que eras ella envuelta en otra piel, que su espíritu estaba en ti y quise exortizar mi miedo a la soledad, con tu presencia. Tu figura trajo consigo efluvios de esperanza, me arrodillé ante esta aparición, te adoré, dejé el mal hábito de socorrerme de las putas, hice a un lado la sentina y empecé a creer en los milagros. La casa dejó de estar sola. Empezaste a tomar confianza y en segundos ya estabas en la sala, te sentabas a observarme. Tus ojos de verme extraño pasaron a consentirme. Nos familiarizamos en tres semanas. Dejaste las reservas a un lado. Un día de tanto observarnos, por fin cedimos, yo te llamé y tu sin riesgo alguno, con pasos trastabillantes te acercaste a la mesa.

Me mirabas fijamente, tenías en la mirada encanto y en el estómago un hambre terrible. Te serví un plato de comida; esa fue la cuota para tener contacto contigo, tu piel oscura era lo más fino que había tocado, tus ojos duendes se poseyeron de mi voluntad y así empezó este trágico idilio.

He despertado con la noticia de que has tomado nuevamente camino; soy lo que tu quieras que sea, tu solapador, tu distribuidor de víveres, tu aguador o también tu tonto, otros dirán que tu dueño.

Tus huidas fantasmales me hacen suponer que tienes alas, de nada sirven los candados ni los cerrojos, te evaporas por las rendijas o tal vez atraviesas como los espíritus las paredes; para el caso es lo mismo, te has ido. Sólo dos días completos me regalaste.

La luna menguante anunciada en el calendario te hará regresar. Empiezo a conocer tus signos y tus modos, mas siempre



CARLOS LANDINI : SERENATA ROSA

me sorprendes.

La ciudad entera es tu pasarela, ríos de esperma traes circulando cual ninfa, te has tirado a media humanidad; primavera maldita que hace emerger los instintos de todos los animales, excepto la libido mía que ha olvidado su función, masturbarme hace tiempo dejó de tener sentido; sólo soy un viejo que te espera periódico en mano. Hoy mi disfrute es distinto, jamás imaginé que a partir de mis manos pudiera expresar la necesidad que tengo de ti, de tus contoneos, de tu lengua caliente y rasposa que llena estos huecos oscuros, que hace años las piedras de la desolación sellaron. Ella se fue como tú te vas, sin embargo añoro que tengas muchas vidas, no quiero más duelo, te prefiero una pérdida a volver a enterrarte.

Es increíble que el tiempo pase tan rápido. Han pasado tres días desde que saliste de mi vida; el árbol de limón no deja de tirar sus frutos en señal de protesta, los rosales ya han dejado de florear. Ojalá caigas hoy por la tarde como piensan en caer esos miles de granos que llenan las nubes negras asordinadas en el cielo; no tarda el chaparrón en limpiar mis reclamos y dar paso a la certidumbre de esperarte. Escucho con melancolía el silbido del afilador, debería de sacarle filo a este orgullo tundido por las lluvias agrías que bañan mi desamparo; dejar a un lado esta orfandad que se alimenta de las malas noticias de los diarios.

Desperté con un sopor extraño, me siento enfermo, algo sucede allá fuera, escucho voces y susurros; eso me gana por tener el sueño pesado, nunca me entero de lo acontecido, hasta que el vendedor de periódicos me lo comenta; como el día que el río se salió de madre y yo dormía placidamente soñando con pescados en mi boca. Mmm, para qué hacer deducciones, espero que no sea algo grave...

Como todos los días desde que cumplí treinta años, salgo por el periódico. No puedo desayunar sin ojear las páginas de los diarios; aunque habrá días, en que es mejor encerrarse a piedra y lodo, pa' no enterarse de las malas nuevas.

En el camino escucho cuchicheos a mi espalda, no me gusta sentirme señalado, imagino que a nadie.

Buen día - Me da el periódico- Pepe, me mira con pena y en automático me alcanza el diario; - Uuy señor Cid, ¿Ya le dijeron? - ¿Qué? - respondo.

Cabizbajo me fustiga; hay un gato negro tirado sobre la carretera, creo que es el suyo, ojalá lo reconozca, por que ya lean han pasado más de treinta carros encima...

Aciago, me quedo entumido por sus palabras tan fútiles, trato de contener mis alaridos, avanzo lentamente hasta la calle; siento un vacío en las entrañas; jamás fui devoto de nadie, mas pido al cielo que no seas tú...

Hoy; he vuelto a morir, un canal de aguas negras invade mi terruño, nuestro terruño. Se ha abierto nuevamente una zanja en esta vida mía, que se convierte en un estanque de líquido pútrido con tu muerte... Eloina.



PERFORMANCE EN CONTRA DE LA BASE MILITAR EN PUEBLA

ULISES SÁNCHEZ

ELEGÍA A SU CUERPO

Tu nombre aplasta los tribunales
Y no cabe horror por tu ausencia
Maricela

De tantos nombres
abrázame como abrazabas a tu hija
abrázame al anochecer
porque no quiero despertar con sangre
coagulándome entre los ojos
nublándome la mañana.

Quiero remover del suelo
tu último aliento
sorber tu dolor
sublimarlo en grito
y liberarte de la muerte.

Mujer que camina desnuda
ante un monstruo
de corazón ciego
y piel podrida.

Te asesinaron madre
frente a las puertas de una oficina de gobierno
Pero renaces frente a la puerta de todos
frente a las puertas del cielo

El autor tiene 18 años y es la primera vez que publica



ESMERALDA TOBÓN

FUEGO

Labios de sol
delicioso infierno
eres tierra
de carne y sus placeres
me deshaces y me recreas
fruto maduro
hostia impía
enciendes la hoguera.
Tu lumbre en flama líquida
me humedece
viene en fuerza
y cenizas.



TE INVITAMOS
A PARTICIPAR

ESCÚCHANOS EN

El Vuelo del Colibrí

VOCES DE LA DIVERSIDAD

TODOS LOS

MIÉRCOLES DE 19 A 20 HRS

que se transmite por
www.sabersinfin.com